

sin zozobras—, de los que en las tablas declaman su drama ó su comedia, aunque á veces el drama suene á comedia y la comedia esconda tras su risa la mueca agria del drama. Algunos se atreven á andar por entre bastidores, y hasta á salir al fondo del escenario, donde forman, innominado y casi siempre silencioso coro, como una mayoría gubernamental. Hay quien siente fuertes impulsos de ser él mismo primer actor; pero al adelantarse al público y oír los inevitables é inexpressivos ladridos de algunos espantados canes en forma humana, que nunca faltan en toda sociedad de hombres, le sobrecoje el espanto y se mete en la concha del apuntador. Desde ella, en concepto de inspirador, dicta su papel á cualquier incondicional de esos que siempre tiene á mano todo hombre inteligente.

Harden, lejos de temer al público ni á los gozques entre él ocultos, gusta de la luz plena, á pecho descubierto, y del tumulto dramático. Más que el aplauso, parece buscar la protesta. Su sentido escénico es siempre dramático. No maneja el halago, esa arma de los cobardes, sino el látigo. Para él nada hay intangible: ni hombres, ni instituciones, ni hábitos sociales. Su gran fuerza motriz es la sinceridad. Cabe preguntarse si en él su condición de sincero, por encima de todo, está subordinada á su pasión escénica, ó, al contrario, si su teatralidad es un instrumento de eficacia para su pasión moral; si es un histrión ó un moralista á su modo. A esto sólo podrán respon-

der los que le conozcan suficientemente en persona. De todos modos, siempre hay un fondo moral en el hombre que combate por la verdad, sean cuales fueren sus móviles, aunque esta verdad le dañe momentáneamente ó dañe momentáneamente á la causa que defiende.

El temperamento escénico de Harden se reveló siendo todavía un muchacho, al alistarse en una compañía de cómicos de la legua. Pero el destino le reservaba empresas más altas. No era su misión representar dramas ajenos, sino vivir los propios. Toda su vida ha sido el drama de luchar contra lo falso, contra lo mezquino, contra lo corrupto. Bismarck, que era un zahorí en el arte de conocer á los hombres, pronto descubrió, desde su destierro, en el joven Harden un hombre de penetrante inteligencia y recia envergadura moral. Le invitó á su retiro y fueron grandes amigos hasta la muerte del fiero canciller. De esta amistad debió sacar Harden un arsenal de conocimientos de política secreta que más de una vez le han servido de catapulta para sus campañas. Días atrás recordábamos en otro artículo su furiosa campaña contra Eulenburg y sus cofrades. Acaso fué aquel acto un tributo de agradecimiento á Bismarck. Alemania se vió entonces cubierta de escarnio; pero, aun sabiéndolo Harden de antemano, no pudo tampoco entonces sacrificar su pasión por la verdad al prestigio de su patria. Como buen patriota, como hombre que siente el verdadero, el único pa-

triotismo, es Harden de los que creen que no vale la pena tener por patria un país que necesita para existir de la mentira, del engaño diario.

Esta su pasión por la verdad le llevó á ser el único hombre de Alemania que tuvo el heroísmo de confesar la verdadera naturaleza de la guerra. Fué el primero en confesar que era, por parte de Alemania, una guerra de agresión, y que su último propósito consistía en clavar su bandera en el Paso de Calais. Muchos socialistas han insinuado después que se trataba de una guerra de agresión; pero la diferencia entre ellos y Harden, que no es socialista, como algún periódico ha dicho, estriba en que el director de la «Zukunft» justifica la guerra al mismo tiempo que proclama su carácter agresivo. He aquí un hombre en una pieza. La actitud de los gobernantes alemanes, atacando á sus vecinos y desviviéndose por convencer á los neutrales de que han sido atacados, será todo lo política que se quiera, pero tiene que repugnar á todos los hombres sinceros. Harden, en cambio, posee en pleno este sugestivo rasgo de la sinceridad. Su concepto del Derecho internacional podrá parecernos bárbaro; pero, por lo menos, no es él un bárbaro vergonzante. Su sinceridad le coloca en un plano en que los hombres pueden discutir y hasta entenderse. Con todos sus errores, Harden es uno de los pocos alemanes que no han perdido el derecho de pertenecer á la comunidad europea. Le salva su pasión por la verdad.

Si se confirma su expulsión, demostraría lo que decimos: que es demasiado sincero para vivir en Alemania. Su defensa de Italia habrá parecido á sus compatriotas la obra de un histrión, sediento de diaria notoriedad. A los que no somos alemanes, nos parece la obra de un hombre que quiere redimir á Alemania á los ojos del mundo. La Historia dirá quién juzga mejor á ese hombre singular. Es polaco de origen, y su nombre verdadero es Witkovsky, que luego cambió en Harden. Anda por los cincuenta y cinco años. Su revista, que él redacta casi solo—es de forma pequeña y á veces la llena con un artículo suyo un poco largo—, es de las que más circulan en Alemania. Cuando da una conferencia—siempre de pago—el teatro ó salón donde habla se llena hasta los topes. Harden no es, en fin, el enemigo que menos teme la Alemania oficial y falsaria.

14 de Agosto de 1916.

EQUILIBRIO Y SUPREMACIA

Toda la polémica de la guerra gira esencialmente en torno de un eje único: el concepto de libertad. En rigor, todas las polémicas de todas las guerras acaban por moverse alrededor del mismo concepto. No ha habido nunca beligerante que no haya pretendido ser paladín de la libertad. La guerra actual no podía ser distinta de las otras. La actitud de Alemania no podía ser diferente de otros pueblos ó Gobiernos que la han precedido en sus aspiraciones á la hegemonía de Europa, por de pronto, y á la hegemonía del mundo con el tiempo. También ella defiende la libertad, y al decirlo así sus gobernantes, ha de reconocerse que hablan sinceramente, con absoluta honradez. Pero ¿cuál es la concepción que Alemania tiene de la libertad? He ahí la pintura vigorosa y exacta que de ella hace sir Edward Grey en la carta-circular con que ha respondido al último discurso del canciller alemán:

«Alemania tiene que regir el destino de otras na-

ciones; ser «el escudo de la paz y la libertad de las naciones grandes y pequeñas», según las palabras del canciller: una paz de hierro y una libertad bajo el escudo prusiano y bajo la supremacía alemana. Alemania suprema, sólo Alemania sería libre: libre para violar Tratados internacionales; libre para aplastar cuando le agradase; libre para rechazar toda mediación; libre para ir á la guerra cuando la conviniese; libre, después de ir á la guerra, para violar todas las normas de la civilización y de humanidad, por tierra y por mar; y mientras pueda obrar así, todo su comercio marítimo ha de permanecer tan libre en tiempo de guerra como todo el comercio en tiempo de paz. La libertad del mar puede ser un tema muy razonable de discusión, definición y convenios entre naciones después de esta guerra; pero no en sí misma, no mientras no haya libertad ni seguridad contra la guerra y contra los métodos alemanes de hacer la guerra por tierra. Si ha de haber garantías contra una guerra futura, que sean garantías iguales, amplias y efectivas, y que obliguen á Alemania lo mismo que á otras naciones, incluso la nuestra. Alemania ha de ser suprema. La libertad de las demás naciones ha de ser la que Alemania les otorgue. Tal es, al parecer, la conclusión que se deriva del discurso del canciller alemán, y á esto agrega el ministro de Hacienda alemán que la pesada carga de los miles de millones deben soportarla durante décadas, no Alemania, sino aquellos á quienes ella le plazca llamar

instigadores de la guerra.» «Los discursos del canciller alemán y del ministro de Hacienda hacen ver que Alemania lucha por la supremacía y por el triunfo.»

Nada más justo que estas enérgicas palabras de Grey. La libertad por que lucha Alemania es «su» libertad á expensas de la ajena, y la libertad por que combaten sus enemigos es la suya, pero también la de los demás. La una es la libertad del déspota, del que funda la limitación de su yo en el sometimiento del prójimo; la otra es la libertad del demócrata, del que busca el equilibrio liberal en la limitación recíproca. La libertad es una relación de hombre á hombre ó de pueblo á pueblo, y no una cualidad individual aislada. Un hombre puede ser culto, quizás falsa, aparentemente culto, y creer que su cultura le da el derecho ó le impone el deber de sojuzgar á los que él estima menos cultos; esta ha sido la base de todo despotismo ilustrado. Si por añadidura padece de manía persecutoria el déspota ilustrado, como ocurre con frecuencia á los déspotas, desearía recluir en la cárcel ó reducir á cualquier otra forma de impotencia á los que él juzga peligrosos para su despotismo, ó sea á los hombres libres, ilustrados ó no. Esto es lo que ha pasado con Alemania en Europa: por una parte, ha creído que de su ilustración le viene el derecho de ejercer una tutela despótica sobre los demás pueblos europeos; por otra, padece alucinación persecutoria y quisiera destruir á los pueblos más celosos de su libertad.

Nada tiene de extraño que los germanófilos no puedan comprender esta sencilla diferencia entre la libertad por igualdad y la libertad por hegemonía ó despotismo. Ellos son también almas despóticas, enemigos de toda igualdad política y económica. Para ellos la forma suprema de toda sociedad humana es el despotismo, en unos el ilustrado, y en otros el cerril. Por algo se dan la mano en esta polémica los carlistas y los mauristas, unos y otros creyentes en el absolutismo, en el hombre fuerte, en la revolución desde arriba.

También hay amigos de los aliados que no han visto aún esta diferencia. Uno de ellos escribía el otro día desde Londres que los aliados no podían pretender ser los defensores de la libertad, puesto que entre ellos figuraban pueblos tan poco libres como Rusia. Confundía el aludido escritor el concepto de ilustración con el de libertad. Es como si durante la Revolución francesa alguien hubiera dicho que los revolucionarios no combatían por la libertad, puesto que entre ellos había muchos, la mayoría, que eran analfabetos. El sentimiento de libertad no está necesariamente determinado por la ilustración, aunque pueda aclararle y ensancharle. El pueblo suizo, mucho antes de que todo él supiese leer y escribir, como hoy ocurre, era el más libre de Europa, esto es, el más celoso de su personalidad y el más respetuoso de la ajena, que esa es la substancia del verdadero liberalismo.

Decía el referido escritor que la única razón para ponernos de parte de los aliados es que su triunfo dejará á Europa tal cual estaba antes de la guerra, mientras que el triunfo de Alemania sería temible para todos. Precisamente por eso son los aliados los genuinos defensores de la libertad. La finalidad de sus armas tiene un nombre bastante viejo: equilibrio europeo, y la de las alemanas, otro no menos viejo: supremacía. Combatir por el equilibrio de Europa equivale á combatir por un sistema en que puedan existir libérrimamente, según han vivido después de Napoleón, pueblos como Bélgica, Holanda, Suiza y aun España. En cambio, la victoria de la supremacía sería la sumisión de todo el continente europeo á la voluntad de un pueblo, acaso de un hombre, como en el Imperio napoleónico. Entonces fué Inglaterra la libertadora de Europa, como ya lo había sido antes por dos veces y como lo está siendo ahora de nuevo. Y fué entonces España la que con su levantamiento ayudó á Inglaterra como ningún otro pueblo á pulverizar el absolutismo de Napoleón en Europa. Ahora, en cambio — ¡oh, mutación de los tiempos! —, parece como si muchos descendientes de aquellos patriotas españoles desearan la reinstauración de un nuevo régimen napoleónico, sin Napoleón, en Europa.

«El Correo Español», al cual tengo que agradecer desde aquí la asidua, solícita atención que presta á mis artículos, recogía alborozado la confusión del es-

critor aludido. Pero esté seguro que la libertad europea no se ha hecho aún germánica, ni siquiera tradicionalista. Está donde estuvo en toda la historia contemporánea, en Inglaterra, aunque tengan que defenderla cosacos, cipayos y senegaleses. Al transeunte á quien llamamos para que nos defienda de un atraco á media noche, no le pedimos, antes de aceptar sus oportunos servicios, un certificado de su civilización ni de su cultura. Por lo menos, los que no somos alemanes ni germanizantes.

30 de Agosto de 1915.

EL "LABOUR LEADER", Y EL JUEZ

Hay hechos, en apariencia nimios, que revelan el temple y la naturaleza espiritual de una nación mejor que una montaña de razones. En Manchester ha acontecido uno de estos hechos ejemplares. Refiérese á la libertad de imprenta. Merece ser recomendado á los gobernantes españoles de todos los turnos.

Hace poco, la Policía de Manchester invadió el local del semanario «Labour Leader» y se apoderó de cierto número de ejemplares del periódico y de folletos. El «Labour Leader» hizo campaña contra la guerra apenas estalló, inspirado por Ramsay Macdonald y por otros notables miembros del partido Independiente del Trabajo (organización socialista), cuyo órgano es. Combate el semanario inglés la guerra fundándose en la tesis de que ella es obra común de los Gobiernos de Europa, y de que la clase obrera internacional no debe olvidarse de sus intereses solidarios. Nadie negará la responsabilidad común de los

gobernantes europeos; en lo que unos y otros partidarios disienten es en cuanto al grado de culpabilidad que corresponde á los beligerantes. Nada más justo asimismo que la c'ase obrera del mundo salve de la guerra su solidaridad, aunque sólo sea como una renovada esperanza, la única posible de que en el porvenir libre á la Humanidad de las espantosas desdichas de una guerra como esta.

Pero la guerra está ahí. Los que combaten la guerra dentro de un país beligerante no hacen sino el juego del enemigo. Esta campaña tiene las mismas quiebras que la huelga general. No hay instrumento más formidable, más eficaz, más decisivo para acabar con las guerras que la huelga general. Pero para ello se requiere necesariamente que la huelga sea general en todos los países beligerantes. Si no ocurre esto, los países donde la clase obrera se cruce de brazos se convertirán en fácil, mansa presa de aquellos otros donde los trabajadores acuden sumisos, como un solo hombre, al toque del clarín de guerra. Si en Inglaterra, Francia y Rusia se hubieran declarado en huelga los obreros, ya estarían los alemanes en Londres, París y San Petersburgo organizando el nuevo imperio germánicoeuropeo.

De igual modo, toda campaña contra la guerra dentro de un país beligerante contribuye á la victoria del enemigo. Sólo puede justificarse tal actitud en el supuesto de que el triunfo del enemigo sea conveniente para la propia nación ó que le sea indiferente.

La Historia está llena de ejemplos de pueblos que han recibido con los brazos abiertos, como á libertadores, á ejércitos extranjeros. Ese fué, en gran parte, el secreto de los triunfos de Francia en sus guerras revolucionarias. En el caso presente, sin embargo, nadie es tan ciego que crea que Alemania trae consigo espíritu alguno de liberación. Sus partidarios nos dan la clave de lo que trae al esperar de ella, implícitamente, la extinción de todo cuanto significa liberalismo y democracia en Europa. No, los socialistas ingleses á que nos referimos, no muy numerosos, no cifran en Alemania ninguna esperanza de liberación. A lo sumo, creen que es indiferente para la clase obrera el triunfo de un grupo ú otro de beligerantes. Revela este criterio una evidente estrechez de visión histórica, puesto que la clase obrera no vive desprendida del resto de la sociedad, antes bien, íntimamente entrelazada con todas las partes del conjunto orgánico. Y el triunfo de Alemania impondría á Europa entera un régimen político-económico que pondría á la clase obrera de Inglaterra y Francia, por lo menos, en condiciones mucho peores de lucha. Los que nos hablan del centenar de socialistas que hay en el Reichstag alemán no se percatan, en su inconsciencia, de que ese crecido número es precisamente la medida de las persecuciones y humillaciones que la clase obrera alemana ha sufrido desde Bismarck acá, la expresión á un tiempo de la estrechez de su vida económica y de la estrechez de su vida política,

decorada con derechos ilusorios, con libertades pintadas. Si en Inglaterra hay menos socialistas, se debe sólo á que el bienestar general de la clase obrera es mayor, y á que sus derechos políticos, reales y no ficticios, son tan amplios que no se siente obligada por el momento á constituirse en un gran partido de oposición para conquistar otros mayores.

La falacia de que para la clase trabajadora es indiferente el triunfo de unos ú otros se pone de manifiesto precisamente con hechos como el que sirve de tema á estas líneas. Si el «Labour Leader» se hubiera publicado en Alemania y hubiera combatido la guerra como lo ha hecho en su país, ya no existiría el periódico, y sus redactores estarían, probablemente, encarcelados, si no fusilados. Pero en Inglaterra no se le ha puesto traba alguna durante un año. En otro país donde el servicio militar y el trabajo de armamentos fuesen obligatorios, la campaña del «Labour Leader», aun siendo tolerada, no hubiera tenido eficacia. Una disciplina un poco severa hubiera bastado para neutralizarla. En Inglaterra ha podido hacer mucho daño. Lo han leído muchos millares de obreros, que acaso se han abstenido de incorporarse al ejército voluntario por creer justas las razones del «Labour Leader», que acaso han ido á la huelga en las minas y en las fábricas de armamentos movidos por la idea de indiferencia aprendida en su periódico. Sólo al cabo de un año la Policía ha asaltado el domicilio del periódico y se ha llevado los ejemplares.

En Alemania no se le hubiera tolerado un día ni una hora.

Pero lo esencial del hecho no es todavía ese año de absoluta libertad. Lo sorprendente es el proceso que se les ha seguido al propietario y al director del periódico y sus resultados. La Policía recogió 127 ejemplares del número correspondiente al 5 de Agosto y 294 del 12 de Agosto. Como el «Labour Leader» tira muchos miles de ejemplares, esto significa que la Policía no mostró esa brutal diligencia que acostumbra la española al ser denunciado un periódico. Recogió el semanario cuando las ediciones de los dos números estaban casi agotadas. Pero faltaba probar jurídicamente que esa recogida estaba justificada. Dos artículos, una nota y un anuncio contra el servicio militar obligatorio formaban los motivos de la denuncia del número de 5 de Agosto. De uno de ellos dijo el juez que examinaba la causa que podía interpretarse de dos maneras, pero que no creía que pudiera inducir á nadie á no alistarse en el Ejército. Del segundo afirmó que era un comentario corriente, que tampoco podía influir en el alistamiento. La nota, á su juicio, era injuriosa, pero incapaz de disuadir á nadie de ir al Ejército. Lo peor de todo era el anuncio; pero no tan grave, sin embargo, como para suprimir el periódico, según algunos querían. He aquí las admirables palabras con que el juez justifica su decisión:

«Supongo — dijo — que este periódico representa

una gran parte de la comunidad. Me dicen que es su órgano, y no creo yo que contribuiría al bienestar de la comunidad si suprimiese este número, no siendo por razones muy fuertes. Me dicen que este anuncio no aparecerá de nuevo, y por esa razón no he de suprimir el número.

Por lo tanto, devuelvo el «Labour Leader» del 5 de Agosto á su propietario.»

Esto es: los 127 ejemplares, como bienes ilícitamente secuestrados, fueron devueltos á su dueño. Otro tanto ocurrió con el número del 12 de Agosto. Los artículos denunciados no constituían razón suficiente para suprimir el número. Con uno de ellos, en que se decía: «Cada día que la guerra continúa significa un inútil sacrificio de vidas valerosas é irreemplazables», estaba conforme el juez, hasta el punto de hallarlo perfectamente cierto. En consecuencia, también le fueron devueltos al propietario del «Labour Leader» los 294 ejemplares del 12 de Agosto.

Algunos folletos tuvieron menos fortuna, y fueron suprimidos por subversivos. Esto no quita grandeza á la conducta de las autoridades inglesas con la Prensa de su país. Las razones del juez para no suprimir unos cuantos ejemplares del «Labour Leader», por creer que no beneficia á la comunidad la eliminación de un periódico que es parcialmente órgano suyo, habría que incrustarlas en la conciencia de todos cuantos en España denuncian á diario periódico-

cos sin asomo de respeto ni justificación. Inglaterra, en guerra, en terrible guerra, da lecciones de liberalismo, no sólo á todos los demás beligerantes, sino á muchos países neutrales.

2 de Septiembre de 1915.

FOMENTO DE LA INDUSTRIA

La guerra ha ofrecido á España una oportunidad única para acelerar el proceso de su industrialización, para llegar rápidamente á ser un pueblo de primer orden. Pueblo de primer orden quiere decir un pueblo donde se goce de un relativo bienestar general, donde se viva una vida política real, donde se dé una propia, cuantiosa y fecunda producción intelectual. Nadie dirá que el pueblo español nada en una abundancia de comodidades, en una opulencia de realidades políticas, en un exceso de creaciones espirituales. La pobreza ambiente engendra el acobardamiento moral y el debilitamiento físico: la incapacidad para toda exaltación. La preponderancia del campo sobre la ciudad, de una agricultura rutinaria sobre una industria en mantillas, hace posible el régimen del caciquismo, de la ficción parlamentaria, de la política sin espíritu público y sin sanción pública. La indigencia económica del país limita, adúltera ó malogra muchas fértiles actividades del espí-

ritu. Una rápida, febril industrialización de España podría ser el principio de una nueva era. La guerra ha traído la ocasión más propicia. Pero los industrialistas la van á dejar pasar, y los partidos políticos turbulentos están paralizados nacionalmente por la incompetencia y la irresponsabilidad histórica.

Hay, seguramente, sin embargo, entre el ficticio mundo político y nuestro mezquino mundo económico gran número de hombres que podrían espolear el fomento de las industrias españolas. Son hombres á quienes probablemente no tienta la ambición de gobernar ni la ambición de enriquecerse, la cual no les impide tener una clara noción de lo que es la política española y una visión sagaz de lo que debe ser; ni les impide tampoco aspirar al enriquecimiento general de España, base necesaria de toda suerte de empresas ideales y materiales. Esos hombres, dispersos por todo el país, podrían agruparse, por ejemplo, en torno de una «Sociedad para el fomento de las industrias nacionales».

Este título evoca gloriosos y ejemplares precedentes. Es el mismo que durante el Consulado y el Imperio cobijó en Francia, bajo la presidencia del químico Chaptal, uno de los descubridores del azúcar de remolacha, á un grupo de científicos y financieros que supieron dar á la industria francesa un ímpetu sin paralelo. Napoleón, instaurado el bloqueo continental, que cerraba todo el continente europeo á las industrias de Inglaterra, con objeto de rendirla por la

ruina y el hambre, movilizó todas las fuerzas económicas é intelectuales de Francia para crear industrias propias y emanciparla industrialmente de su vecina is'ña. La «Sociedad para el fomento de las industrias nacionales» contribuyó poderosamente á aquella acelerada industrialización del país, que fué la base de la actual riqueza de Francia. Esa Sociedad agrupó á cuantos se interesaban en mecánica, química, economía, agricultura y comercio, los cuales sacudían el espíritu adormecido ó timorato de los capitalistas con una propaganda incesante, con experimentos, premios, préstamos, creación de escuelas técnicas, subvenciones, exposiciones industriales, etcétera. Fué aquella una obra napoleónica, por lo veloz y vasta, digna de tiempos tan grandes.

En nuestros días, una nación hermana, Italia, en tantas cosas maestra, nos ha dado una lección análoga. En 1913 se constituyó la «Sociedad italiana para el fomento de la industria». He aquí algunos de los fines de la Sociedad: «Queremos excitar, en las regiones de actividad escasa, los ánimos lentos, contemplativos, desconfiados. En las regiones que ya hierven en trabajo y en otras donde se inicia, proyectamos una ordenación reguladora de la energía que, inconexa, podría, como hoy ocurre con frecuencia, desperdiciarse miseramente.» «Queremos estudiar la forma de una intensificación rapidísima y, con todo, económica de la producción y del tráfico, combatiendo con fe y con fuerza las exageradas precau-